

El paraguas de mi tío

Cuando yo tenía diez y ocho años, mis padres me enviaban todos los domingos á almorzar—bastante mal por cierto—con mi tío Antonio, viejo avariento, muy rico y de un genio insufrible.

Un domingo, mientras almorcábamos juntos y escuchaba yo sus interminables sermones acerca de la economía y de otros temas tan divertidos como ése, comenzó á caer un chaparrón espantoso.

—En mala hora viene esta lluvia—dijo mi tío,—porque hoy precisamente debes ir á casa de un comerciante mayorista de vinos á quien he recomendado que te coñoque.

—Iré, aunque me moje algo—indiqué timidamente.

—Harás bien, porque te espera. Mas no puedes ir así; hace un tiempo espantoso.

Vaciló unos momentos y al fin me dijo:

—Voy á prestarte mi paraguas. Hace quince años que no me separo de él; veremos cómo me lo tratas. Si lo echases á perder, no me consolaría nunca.

Y me condujo casi políticamente á la puerta.

Aquel paraguas era una horrible antigualla, enorme, de tela verde muy ordinaria, con un puño tan grueso como la pata de una mesa y terminado por una bola gruesa y pesadísima.

Cuando lo abrí en la calle, me dieron ganas de llorar. Me parecía que todo el mundo se fijaba en mí. Por fortuna, al cabo de un rato paró la lluvia y quise cerrar aquel vergonzoso artefacto. Pero el paraguas de mi tío no se cerró.

Insistí, empleando la dulzura, la violencia, el esfuerzo continuo y las pequeñas sacudidas. Todo inútil. El cielo estaba azul, el sol, radiante, y yo atravesaba las calles con aquel espartajo abierto. Esta vez ya no era ilusión; los transeúntes me miraban como á un bicho raro, muchos se reían de mí, dirigiéndome pullas que les parecían muy chistosas. Aturdido, daba con las varillas á este y al otro, que me colmaban de injurias y amenazas. Mi paseo era una horrible ovación.

Por fin llegué á casa del fabricante de vinos. Pero la tienda, por ser domingo, estaba cerrada y tuve que subir á su casa particular. Como no podía subir con aquel enorme paraguas abierto, se me ocurrió dejarlo en el portal.

El comerciante de vinos me recibió afectuosamente y ya íbamos á entrar en materia, cuando se oyó en la escalera una gritaría y la portera llamó furiosamente:

—Señor — gritó —



voy á quejarme al propietario. De nada sirve que me afane por tener la casa limpia si las visitas se entretienen en secar sus paraguas en el portal. ¡Y qué paraguas!...

Mis excusas fueron inútiles; el comerciante torció el gesto y no tuve más remedio que proseguir mi vía crucis, en medio de la extrañeza del público y de la rechifla de los chiquillos y de algunos grandes.

Ya estaba cerca de casa de mi tío, cuando un vigilante me detuvo, preguntándome por qué razón llevaba el paraguas abierto con un sol de justicia y alborotando á las gentes.

Le enteré de mi desgracia, y entonces el vigilante, que era un hombre muy torzudo y presumía de hábil, echó mano de aquél estrañísimo mecanismo y se esforzó en cerrarlo.

Su empeño fué inútil: no había modo de sacar partido de aquella calamidad.

Le rogué que me lo devolviera; pero el amor propio del vigilante se había exasperado con lo vano de sus tentativas, y con tal energía tiró de las varillas que al fin se salió con la suya y me devolvió cerrado el paraguas. ¡Pero en qué estado! Dios eterno!

Reventado, dislocado, con la tela verde llena de rasgones que daban paso á bolleras rotas, presentaba el aspecto de un enorme murciélagos muerto á fuerza de martirios y que hubiera estado muchos meses clavado contra un muro.

Cuando mi tío recibió de mis manos aquellos despojos, dió un alarido de furor, se puso rojo como la grana, después violeta y por último de color de naranja, y creí que se acercaba su última hora.

Pero no murió. Estaba destinado á dar todavía mucha guerra en el mundo.

Cuando se repuso algo, con un solo ademán, un ademán trágico de su brazo larguirucho y tembloroso de indignación, me maldijo y me señaló la puerta.

—¡Miserable! —me gritó.—Eres la afrenta de tu familia y el oprobio de mi ancianidad. Has destruido por gana de hacerme daño, por pura malicia, ó si no por estupidez, lo que es peor aún, uno de los objetos que tenía en mayor estima, y con ello me has causado una herida incurable. ¡Bárbaro desconsiderado! ; Que Dios me maldiga si llegas á ver un céntavo mío!

Y véense de qué modo tan sencillo perdi setecientos mil francos de herencia.

MAURICE
LE VEINARD.